

*La Esfera Del
Reino Y De La
Iglesia.*

© 2017 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: enero 2017

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-010317-015

La Esfera del Reino y de la Iglesia.

Según la revelación del Nuevo Testamento, la Iglesia está integrada a la esfera del Reino de manera indisoluble. La Iglesia es el Reino de Dios hoy, sin embargo la Biblia nos habla de ambas cosas. La razón por la cual Dios trata estas cosas, cada una por su lado, es para que nosotros respondamos como miembros de Su Cuerpo, pero también como súbditos de Su Reino. Esto es como cuando un padre tiene una empresa, y la necesidad es tal, que pone a trabajar a su hijo con él; por un lado, el muchacho siempre gozará de una relación de padre a hijo con su papá, pero por otro lado, tendrá que ver a su papá como su jefe, y hablará con él cosas de trabajo. Más o menos así es Dios con nosotros, por un lado nos ha llamado a ser miembros de Su familia celestial, pero además, nos ha hecho súbditos de Su Reino. Son dos aspectos los que debemos tomar en cuenta, por un lado Dios quiere relacionarse con nosotros

S
E
M
A
N
A
-
1
-
21
/
03
/
17

en un plano familiar, quiere que vivamos armoniosamente con todos Sus hijos, pero también un día nos pedirá cuenta de nuestras acciones en Su Reino. Es necesario, pues, que nosotros entendamos cómo Dios nos trata.

El Señor se ha ocupado de darnos a conocer por medio de La Escritura lo concerniente a Su Reino. Hace dos mil años el Señor vino a Israel, y en Su mente divina, Él esperaba que ellos reconocieran Su Reino, sin embargo, se cumplió lo que estaba escrito: “...a los suyos vino y los suyos no le recibieron”. Lastimosamente Israel no conoció el tiempo de Su visitación, por lo tanto, Dios dejó a todos en desobediencia para poder tener misericordia de todos, lo cual nos abrió puertas a nosotros los gentiles. Dios no cambió, ni ha cambiado, Él aun quiere que nosotros entendamos que debemos vivir en ambas esferas.

Para nosotros no es tan difícil entender las cosas que atañen a la esfera de la Iglesia, sin embargo, nos es difícil entender las cosas relacionadas al Reino de Dios. Nosotros sabemos que la Iglesia debe tener la capacidad de adaptarse a los distintos miembros que la componen, aunque algunos de éstos sean hostiles. Esto es como cuando una persona tiene algún tumor, en algunos casos el cuerpo

se adapta a esa deformación y sigue viviendo, el problema se da cuando los demás miembros vitales son tocados por dichas células cancerosas. Sabemos que cuando un tumor no se controla o se extirpa, los demás órganos se degeneran, y eso tarde o temprano trae una muerte inminente. De igual manera sucede en la Iglesia, debido a que es viviente tiene la capacidad de absorber a algunos miembros atrofiados, pero el problema se da cuando “todos” o “la mayoría” de sus miembros entran en una condición crítica. Una Iglesia local con miembros atrofiados entrará en crisis. Si los miembros que conforman una localidad no se desarrollan adecuadamente, dicha Iglesia va a morir.

Nosotros sabemos que a las reuniones de Iglesia todos debemos llegar preparados para “aportar algo”, el problema no es que “alguien” no traiga algo, el problema es cuando “todos” no llevan una palabra de edificación, sino que vienen a expensas de los demás. Si en una reunión la mayoría de hermanos trae algo del Señor, aquel que llegó decaído será exhortado, consolado y fortalecido, pero si todos están esperando recibir algo, la Iglesia entrará en crisis. Muchas de estas cosas se dan entre nosotros porque tenemos serios problemas para entender las cosas que atañen al Reino

de Dios. No debemos ignorar que así como nos llamaron a ser hijos de Dios, también nos llamaron a ser súbditos de un Reino celestial.

Leamos los siguientes pasajes:

Colosenses 1:12 “... dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; v:13 el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo”.

1 Pedro 2:9 “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; v:10 vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia”.

Hebreos 12:28 “Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia”;

Sin lugar a dudas Dios nos llamó a ser partícipes de Su Reino, por lo tanto, debemos

vivir acá en la tierra con tal responsabilidad. Debemos ocuparnos en reflejar el Reino de Dios en este mundo. No sólo debemos vivir creyendo que somos Hijos de Dios, sino que también somos vasos de honra, los cuales Él quiere usar para Sus propósitos eternos.

Nos guste o no, no podemos obviar que La Escritura dice que un día todos nosotros compareceremos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo (2 Corintios 5:10). Hermanos, no podemos desligar las cosas que atañen a la Iglesia y al Reino de Dios, ambas van de la mano.

La esfera de la Iglesia está capacitada para soportar a algunos débiles, pero no a una totalidad de débiles. Dice Gálatas 6:1 *“Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Llevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo”* (Gálatas 6:1-2). Según estos versos, la Iglesia es una esfera capacitada para restaurar al miembro enfermo y ayudar a los hermanos que están cargados. Definitivamente, no es

gran conflicto para la Iglesia que haya un hermano que no sea espiritual, el problema se da cuando no hay “ningún” espiritual. El apóstol Pablo dice que “si alguno es sorprendido en alguna falta”, sea restaurado por los espirituales, pues, jamás el apóstol concibe a una Iglesia donde “todos” estén cometiendo alguna falta. Esto nos muestra que la Iglesia demanda una dimensión de crecimiento en la Vida divina por parte de los miembros que la conforman.

En lo natural, cuando nace un niño, éste debe nacer con una dosis energética de vida en él para que se pueda seguir desarrollando como un ser vivo. Muchas veces hay niños que no vienen con una calidad de vida estable y son abortados de manera natural por el cuerpo de la madre, y hay otros que logran nacer pero son débiles y mueren; la naturaleza nos enseña que debe haber una calidad de vida en el cuerpo del niño para que éste logre crecer hasta alcanzar la madurez. A la Iglesia le sucede lo mismo, ella es una entidad orgánica, viviente, la cual necesita que sus miembros tengan una medida básica de Vida divina para poder desarrollarse. Los miembros que son capaces de ayudar a otros más débiles son aquellos que de alguna manera son responsables de tener en sus vidas el fluir de

la Vida de Dios. El apóstol Pablo esperaba que en la Iglesia existieran miembros fortalecidos que fueran capaces de llevar las cargas de otros. Una Iglesia debe constar de miembros fortalecidos, capaces de absorber a los débiles; bajo esta premisa una Iglesia tendrá vida corporativa sana y estable. Pero ¿Qué se puede esperar de una Iglesia conformada por hermanos débiles? Pues, no mucho, más temprano que tarde la Iglesia se va a destruir.

Cuando un ser humano acepta la salvación de Cristo, Dios espera que ese nuevo creyente tenga una conexión con la Iglesia, pero de igual manera espera que haga una conexión con Su Reino. La dimensión del Reino es lo que nos ubica y lo que nos hace responsables por las cosas de Dios. Los creyentes del principio fueron responsables, aún en ausencia de los apóstoles, porque no sólo aprendieron lo que atañe al Cuerpo de Cristo, sino también lo concerniente al Reino de Dios. El Cuerpo de Cristo nos habla de un ambiente familiar, del amor que nos debemos como hermanos, de cómo nos debemos soportar los unos a los otros, etc. todas estas cosas deben darse dentro del Cuerpo de Cristo. Ahora bien, de igual manera debemos entender la esfera del Reino de Dios.

El reino de Dios demanda que sean desmantelados los programas emocionales para la felicidad.

S
E
M
A
N
A
-
2
-
28
/
03
/
17

Cuando el Señor vino a este mundo, Él no vino predicando propiamente para que las almas se salvaran, más bien, Él vino a anunciarle a los suyos, a las ovejas perdidas de Israel que se *“Arrepintieran porque el Reino de los cielos se había acercado”*. Es más, antes de que el Señor comenzara Su ministerio, Dios había preparado a Juan el bautista para que fuera una voz que también clamara: *“Arrepentíos porque el Reino de los cielos se ha acercado”*. Juan fue un hombre que le hizo ver a los hijos de Israel la vida religiosa y corrupta que llevaban, les hizo ver que su religión no los libraría del juicio de Dios. De igual manera nosotros debemos entender que Dios ha de juzgarnos un día, y que es necesario que el juicio de Dios comience por su casa. No creamos que porque somos hijos Dios no nos juzgará; necesario es que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo. ¡Oh!, Cuán necesario es pregonar estas verdades, como dijo el

apóstol Pablo: *“No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción”*. Dios es el Rey de Reyes, Él nos ha de juzgar, temamos pues. La esperanza es que los creyentes que son sacudidos por Dios, a través de Su Reino, se conviertan en mejores miembros del Cuerpo de Cristo.

Piense un momento en lo siguiente: En lo natural los pies nos sirven para caminar, ellos son los que cargan todo el peso de nuestro cuerpo y lo trasladan de un lugar a otro, su función no trasciende a nada más que eso, y sin embargo, nunca se quejan de lo que hacen. Ahora bien, en el plano espiritual ¿Qué somos nosotros en el Cuerpo de Cristo?, ¿Qué es lo que nosotros aportamos a la Iglesia? Tristemente muchos creyentes se acomodan a una vida pasiva y no sirven en nada a los hermanos; otros se quejan de lo que hacen, y otros se quejan de lo que otros hacen. Deberíamos reconocer que cada uno tenemos una función específica dentro del Cuerpo de Cristo; el que es pie debería reconocer que no es boca, y al contrario debería recibir bendición del hermano que es boca. Aceptemos lo que somos en el Cuerpo, esto es

básico y necesario para que conformemos un solo hombre. Ahora bien, ¿Por qué se dan estas deficiencias en el Cuerpo de Cristo? Porque desconocemos lo concerniente a la esfera del Reino de Dios.

Cuando el Señor comenzó Su ministerio, dijo: *“Arrepentíos, porque el Reino de los cielos se ha acercado”*. Dios en realidad empieza a tratar con nosotros los creyentes cuando nos arrepentimos. No estamos hablando de un arrepentimiento para salvación, sino del cambio de actitud que debemos tener los que ya somos salvos. Obviamente el arrepentimiento implica un pesar en el corazón, pero va más allá de eso. Si leemos La Escritura, nos damos cuenta que Judas el Iscariote se arrepintió de haber vendido a Su maestro (Mateo 27:3) y hasta devolvió las treinta piezas de plata que le dieron, sin embargo, ese pesar no le sirvió de mucho. El arrepentimiento debe empezar en nosotros por un dolor, por un pesar, pues, no debemos hacernos los desentendidos de nuestras faltas. Hay quienes se endurecen tanto en el pecado que ya no los conmueve su maldad, es más, hasta se vanaglorian de sus faltas. ¡Qué bueno por los que aun pueden llorar su pecado! pero todavía habrá que hacer algo más que eso.

Al estudiar la palabra “arrepentimiento”, su significado más claro y radical es cambiar de dirección, es ir al contrario de la dirección que llevábamos. Otro de sus significados también es cambiar la manera de pensar. Cuando Dios nos empieza a tratar, lo primero que Él hace es ponernos Su Reino por delante, el problema es que nosotros no aceptamos sus implicaciones. Si nos diéramos cuenta quién es Dios por el lado del Reino, viviríamos con temor y temblor. Hoy en día los creyentes son tan dejados y negligentes en la Iglesia porque desconocen la esfera del Reino de Dios. En la Biblia encontramos pasajes como los siguientes:

Hebreos 10:30 “Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. v:31 ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!”

Mateo 3:10 “Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego”.

Mateo 8:12 “mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes”.

Qué Dios más duro el que vemos en estos pasajes. Eso está lejos del Dios de amor y misericordia que nosotros predicamos en la Iglesia. Tal vez nos parezca raro a nosotros escuchar de un Dios enojado, sí, porque no queremos atenderlo a Él desde el punto de vista del Reino.

Leamos lo que nos dice el apóstol Pablo en 1 Corintios 10:5 *“Pero de los más de ellos no se agradó Dios; por lo cual quedaron postrados en el desierto. v:6 Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron. v:7 Ni seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar. v:8 Ni fornicuemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil. v:9 Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. v:10 Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor. v:11 Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. v:12*

Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga". Estas cosas se escribieron como ejemplo para nosotros, ¡Ah! quiere decir que Dios sigue siendo el mismo; si desaprobó a muchos en el desierto, temamos porque también a nosotros nos puede desaprobarnos, no seamos perezosos, no desatendamos Su Reino.

Dios quiere llevarnos a Su Reino por medio del camino del arrepentimiento. En primer lugar, sentimos dolor por nuestro pecado, no pensemos que podemos vivir desordenadamente toda nuestra vida. Hay hermanos que cuando se ven a sí mismos dicen: "*hermano, pero mi pecado no le afecta a nadie*", es que no sólo se trata de pensar si nuestro pecado le afecta a otros, sino de reconocer ante Dios que necesitamos ser transformados. Aunque nuestro pecado no le afecte a otros, Dios nos llamó a ser santos, Él quiere cambiarnos de nuestra vana manera de vivir. Si no nos duele nuestro pecado, difícilmente avanzaremos en "cambiar nuestra manera de pensar" (que es la otra connotación del arrepentimiento); y si no renovamos nuestra manera de pensar, tampoco cambiaremos nuestra manera de conducirnos en la vida.

La frase: *“arrepentíos porque el Reino de los Cielos se ha acercado”*, en términos modernos y en palabras agudas, lo podemos decir de la siguiente manera: “El Reino de Dios demanda que se desmantelen nuestros programas emocionales”.

Los programas emocionales son todas las maneras de proceder que se forjan a lo largo de nuestra existencia, y a raíz de todas las circunstancias que nos toca vivir. Estos programas emocionales responden a los dolores, a los traumas, a los conflictos, y sobre todo, a la necesidad de ser felices en este mundo. Los programas emocionales para la felicidad se van formando en nosotros sin el uso de la razón, y esto se da así porque de manera intuitiva nosotros sabemos que fuimos hechos para una felicidad sin límites. La Biblia dice que en la era venidera no habrá más llanto, ni dolor, sino una felicidad eterna porque, precisamente, para eso fuimos creados. La caída de Adán fue la frustración de todos los hombres; desde el momento que él cayó en pecado, toda la raza humana también dejó de ser feliz, por esta razón todos nosotros tratamos de recuperar la felicidad aunque no la encontramos. La única manera de volver a ser felices es tener a Cristo como nuestra Vida y nuestro Vivir.

Los programas emocionales nos separan del Reino de Dios. Entre más programas emocionales tengamos activados, menos conexión tendremos con el Reino de Dios. El Reino de Dios demanda que los programas emocionales sean desmantelados en el hombre, por esta razón el Señor dijo primeramente: “Arrepentíos”. Lo que Dios quiere hacer en nosotros desde el momento que nos convertimos a Él es desmantelar nuestros programas emocionales, porque de lo contrario nunca le seremos útiles a Dios. Hoy en día hemos caído en el error de servirle al Señor pero apegados a nuestros programas emocionales, tratamos de servir a los demás pero buscando primeramente nuestro agrado. Hay Iglesias donde los predicadores hasta se disfrazan de payaso para tratar de llenar el gusto de la gente, otros tratan de llenar a las personas por medio de la musicalidad, otros acuden a las cosas sobrenaturales, en fin, cada quien busca llenar las demandas de las personas. Hermanos, el Evangelio verdadero no es el que nos consiente la carne, sino el que llega a confrontarnos, el que nos induce al arrepentimiento.

No es posible que después de treinta años de estar en Cristo sigamos siendo los mismos,

gente egotista, amadores de sí mismos, mezquinos, desconfiados; más bien, Dios quiere que seamos la expresión de Su amor, que le mostremos al mundo que algo está sucediendo en nosotros, que Él nos está transformando. El Señor dijo que nosotros éramos la sal de la tierra, que éramos la luz del mundo, en otras palabras, debemos ser diferentes al mundo, la gente debe ver buenas obras en nosotros los creyentes.

Lo que nos enseña la parábola del sembrador en cuanto a la manera en la que Dios quiere dismantelar los programas emocionales

Cuando nosotros leemos la famosa parábola del Sembrador (*Mateo 13:1.23*), vemos que aparecen cuatro tipos de tierra:

1) La semilla sembrada junto al camino:

Estos son los creyentes que oyen la palabra del reino y no la entienden, viene el malo, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón. No se trata de gente que no entiende por ser faltos de inteligencia, pues, proféticamente se dijo: *“Y habrá allí calzada y camino, y será llamado Camino de Santidad; no pasará inmundo por él, sino que él mismo estará con ellos; el que*

anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará” (Isaías 35:8). Estos son los que no entienden porque nunca se dispusieron para que su mente fuera renovada. El mensaje del Reino no requiere de gran inteligencia para ser entendido, el problema es que no lo entendemos porque nos distraemos, no le prestamos la debida atención. Tanto los programas emocionales que tenemos activados, como el sistema del mundo diseñado por Satanás nos desvían tanto de mensaje del Reino, al punto de que no tenemos ni el deseo, ni la fuerza para que nuestra mente sea renovada. Hoy en día hay creyentes que ni siquiera en las reuniones de Iglesia pueden dejar de estar pendientes de las “redes sociales”; hay otros que no son capaces de apagar sus celulares cuando van a orar, y con cosas como éstas vienen las distracciones, las cuales hacen que el mensaje del Reino se disipe.

2) La semilla sembrada en pedregales:

Éstos son los creyentes que oyeron la palabra, y al momento la recibieron con gozo; pero no tienen raíz en sí, sino que son de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra,

luego tropiezan. El Evangelio trae adversidades y aflicciones a nuestra vida, y muchas veces hay que perder amistades, proyectos, tiempos de descanso, dinero, etc. pero eso es inherente y necesario para que sean desmantelados los programas emocionales de nuestra vida. Tengamos cuidado con el apego desmedido a las cosas de la vida porque estos son los dispositivos que provocan aun más programas emocionales en nosotros. Dios ha de enviarnos la aflicción para que sean desmantelados nuestros programas emocionales, porque con todas esas estructuras mentales no le somos útiles a Él. A Dios no le sirve un creyente ególatra, individualista, falto de amor, despiadado, etc. Él desea transformarnos, y para ello usa la aflicción. Al estar entre los pedregales, en medio del dolor y la aflicción, sólo nos quedan dos caminos, o permitimos que Dios nos quiebre y vivimos, o nos morimos.

3) La semilla sembrada entre espinos:

Éstos son los creyentes que oyen la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa. Este punto es bastante parecido al anterior, sólo que acá el elemento definitorio no es la aflicción, sino el afán y el engaño de las riquezas. Cuando recibimos la palabra del Reino, muchas veces ésta se ahoga a causa de los afanes y el apego a las riquezas. Dios quiere dismantelar los programas emocionales del sustento, la seguridad y el poder, pues, estos son originados precisamente por el apego desmedido a las riquezas. El dinero es un poder capaz de cambiar radicalmente la concepción que alguien pueda tener de la vida. Tal vez alguien se puede burlar de una persona, pero si el burlador se diera cuenta que esa persona es millonaria, lejos de burlarse lo respetaría grandemente por el interés del dinero. La razón por la cual todos los seres humanos anhelamos tener dinero es porque sabemos que las

riquezas generan poder y control. Todos los seres humanos tenemos estos programas emocionales activados instintivamente, creemos que con el dinero estamos seguros, confiados y satisfechos. Tales programas emocionales no nos dejan aportar para el Reino de Dios, es por ello que nos cuesta ofrendar, diezmar, ayudar al pobre, etc. porque tenemos un apego excesivo al dinero. El amor a las riquezas también surge en nosotros a causa del control que queremos ejercer sobre nuestra propia vida, y sobre los demás; el dinero nos permite programar el futuro, nos permite elaborar planes, proyectos. En una ocasión el Señor les dijo a Sus discípulos: *“Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee. También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo:*

Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios” (Lucas 12:15–21).

El Señor en Su sabiduría tiene que dismantelar todos los programas emocionales que tenemos a raíz del amor al dinero. Lo primero que el Señor hace en cuanto a este punto es ponernos prioridades; a nosotros nos cuesta ver la falta que cometemos de no asistir a las reuniones de Iglesia a causa de los afanes de la vida. Nos cuesta ver el problema que nos causan los afanes, y generalmente nos excusamos los unos a los otros. El Señor nos dice en Su palabra: ***“Buscad primeramente el Reino de Dios y Su justicia...”*** La manera de dismantelar estos programas emocionales es poniendo en primer lugar el Reino de Dios, y en esta tierra éste lo tocamos en, y a través de la Iglesia. Según lo que deja ver entre líneas el Nuevo Testamento, por lo menos una vez a la semana debemos reunirnos con la congregación. ¿Acaso no aparecen espinos, excusas, o pretextos cada vez que queremos asistir a las reuniones? Pero ¿Qué debemos hacer en tales circunstancias? Poner en prioridad el Reino de Dios. Dios espera que

voluntariamente escojamos Su Reino antes que los afanes. Probablemente vamos a perder muchas cosas por causa del Señor, habrá que llorar las pérdidas que vendrán por causa de Su Reino, pero debemos tener claro que éste no vendrá en un segundo plano, siempre tendremos que valorarlo como lo primero.

4) La semilla sembrada en buena tierra.

Por último lugar encontramos al creyente que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno. La clave de la buena tierra es que “no tiene nada”. La buena tierra es aquella que no se convierte en un camino para transeúntes, es aquella que no tiene piedras, es aquella que no tiene espinos, sino que está arada y preparada para ser fructífera. A ese nivel nos quiere llevar el Señor, a que seamos buena tierra, que no nos quede “nada” de nosotros mismos.

Hermanos, nunca le seremos útiles al Señor si no dejamos que Dios desmantele nuestros programas emocionales. No olvidemos que por encima de nuestros caminos, nuestras aflicciones, y nuestros afanes, está el Reino de Dios y Su justicia.

Cuando el Señor Jesús caminó sobre este mundo, Él siempre que trató a los hombres, procuró quebrar los programas emocionales de la gente. Como ejemplo de ello podemos recordar el caso de aquella mujer cananea que le clamaba al Señor, diciéndole: “¡Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio”. Pero Jesús no le respondió palabra. Entonces acercándose sus discípulos, le rogaron, diciendo: Despídela, pues da voces tras nosotros. El respondiendo, dijo: No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo: ¡Señor, socórreme! Respondiendo él, dijo: No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos. ¿Por qué el Señor Jesús fue tan tosco con esta mujer? Porque el Señor quería dismantelar sus programas emocionales. Pongámonos en el lugar de aquella mujer, ¿qué hubiéramos hecho nosotros? ¿cómo nos hubiéramos sentido de que el Señor Jesús nos dijera “perros”? El Señor no quería ofender a aquella mujer sino quería quebrar su orgullo.

El Evangelio original es aquel que viene a quebrar nuestras estructuras mentales y emocionales, el Señor no va a consentir

nuestra mal formación caída. La extraña obra que Dios hace para transformarnos no pelea con Su grande amor, sólo que es lo menos que Él puede hacer para hacernos partícipes de Su Gloria. El Señor nos ha metido ya en Su Cuerpo, pero necesita dismantelar nuestros programas emocionales para que nos integremos, y para que funcionemos como miembros. El Cuerpo de Cristo necesita miembros funcionales y responsables. Dejemos ya de buscar excusas para no ser responsables en el Reino del Señor.

La obediencia, el fundamento que necesitamos para serle útiles al Señor y Su reino.

2 Corintios 7:12 “Así que, aunque os escribí, no fue por causa del que ofendió, ni por causa del ofendido, sino para que vuestra solicitud por nosotros se manifestara a vosotros delante de Dios. v:13 Por esta razón hemos sido consolados. Y aparte de nuestro consuelo, mucho más nos regocijamos por el gozo de Tito, pues su espíritu ha sido confortado por todos vosotros. v:14 Porque si en algo me he jactado con él acerca de vosotros, no fui avergonzado, sino que así como os hemos dicho todo con verdad, así también nuestra

jactancia ante Tito resultó ser la verdad. v:15 Y su amor hacia vosotros abunda aún más al acordarse de la obediencia de todos vosotros, y de cómo lo recibisteis con temor y temblor. v:16 Me gozo de que en todo tengo confianza en vosotros”.

Definitivamente, la obediencia es el fundamento que necesitamos para serle útiles al Señor y Su Reino. Es imposible que Dios ocupe a alguien, si el tal no tiene una revelación profunda de la obediencia que Dios espera de Sus hijos. Cuando nos convertimos al Señor, venimos a formar parte de la familia de Dios, somos Sus hijos, pero no necesariamente por ser Hijos le somos útiles. Esto lo vemos claramente en el plano natural, no todos los padres llegan a tener buenos hijos. Hay padres que tienen hijos muy inútiles, y hay otros que tienen hijos que aparte de ser inútiles, son un estorbo y un pesar para sus padres. Cuando el Señor nos alcanza y nos regenera por la obra del Espíritu Santo, venimos a ser Hijos de Dios, esto es innegable. Por la fe en Jesús nosotros tenemos la facultad de ser Hijos de Dios, ahora bien, el hecho de ser engendrados por obra del Espíritu Santo es sólo el inicio para que lleguemos a ser instrumentos útiles para Dios y Su Reino.

La Biblia narra la historia de Mefi-boset, uno de los hijos del Rey Saúl, que cuando tenía cinco años de edad llegó de Jezreel la noticia de la muerte de Saúl y de Jonatán, y su nodriza le tomó y huyó; y mientras iba huyendo apresuradamente, se le cayó el niño y quedó cojo. Mefi-boset fue inútil para caminar a causa de haberse lisiado de los pies, y más o menos esta es la escena espiritual de muchos creyentes, no se puede negar que son hijos de Dios, pero están atrofiados para avanzar en su caminata con Dios.

Tenemos que entender a lo que nos referimos con serle útiles a Dios. Satanás, por ejemplo, es un instrumento de usos viles que le sirve a Dios, pues, en términos de la soberanía divina, hasta el diablo sirve para que se haga la voluntad de Dios. Satanás le sirve a Dios así como un camión de basura le sirve a una ciudad, qué importante es ese camión sucio y apestoso. El hecho que Dios haga uso de Satanás no quiere decir que éste “quiera” servirle, sino que Dios lo utiliza para usos viles según Su Soberanía.

Dios no quiere que nosotros le sirvamos desde un punto de vista de Su soberanía, así como lo hace Satanás. Dios no quiere que le sirvamos

involuntariamente, sin entrega, sin santificarnos, sin deponer nuestros deseos para hacer los de Él. Lo que Dios busca de nosotros es que le sirvamos de la manera que lo hizo Su Hijo Jesús. Acerca de la actitud que hubo en Jesús, dice *Hebreos 10:5* ***“Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. v:6 Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. v:7 Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí”***. Dios necesita hijos que de su propia voluntad hagan lo que Él quiere, en otras palabras, hijos que sean obedientes. Los hijos de Dios se convierten en instrumentos útiles cuando de su propia cuenta le obedecen a Dios. La obediencia le da expresión al Plan de Dios, le da desarrollo a la voluntad divina, es el canal por medio del cual Dios ejerce Su voluntad.

La obediencia también honra a Dios, porque al obedecer implícitamente estamos aceptando Su manera de proceder. El principio de Dios para tratar con el hombre es el libre albedrío, el hombre no es una máquina programada para hacer lo bueno o lo malo, sino que todos tenemos libertad de decidir. Todos los hombres podemos obedecer o

contrariar a Dios, pero cuando le obedecemos lo honramos. Obviamente, con o sin nosotros Dios siempre hará Su voluntad; tal vez nos puede suceder las del profeta Jonás, un hombre al que Dios lo mandó a predicar a Nínive pero no quiso ir. Todos conocemos la famosa historia de Jonás, un hombre que a causa de su desobediencia estuvo tres días en el vientre de un pez. Definitivamente Jonás murió en el vientre del pez (por eso el Señor Jesús lo usó como una figura de lo que Él habría de padecer en la cruz) pero sobrenaturalmente Dios lo volvió a la vida, luego el pez lo vomitó, y así él llevó el mensaje de Dios a aquel lugar. Dios en Su soberanía puede usarnos como Él quiere, pero Él no desea usarnos como a Jonás. Dios quiere usarnos bajo nuestro libre albedrío, Él desea escuchar un “Heme aquí”, Él desea que le sirvamos de nuestra propia voluntad.

Cuando nosotros obedecemos a la voluntad de Dios, no sólo ponemos el fundamento de que se haga lo que Dios quiere, sino que se haga como Él quiere. Un creyente que ha aprendido la obediencia, es un creyente que honra a Dios. Dios quiere usar de entre Sus hijos a aquellos que viven, trabajan, se divierten, y hacen todo en obediencia a Él. Nosotros empezamos a ser útiles para el

Señor cuando tenemos un encuentro con Su autoridad. El reconocimiento y el sometimiento a la autoridad es básico y necesario para ser instrumentos de honra para Dios.

Regresando al pasaje de 2 Corintios 7, notemos que en el contexto de las dos cartas a la Iglesia de Corinto, el apóstol Pablo trata el caso de un hermano que tomó para sí a la mujer de su padre. ¿Ha escuchado usted algo similar a ese caso? ¿Puede imaginarse usted esta escena en una iglesia? El muchacho no sólo le quitó la mujer a su propio papá, sino que se quedó con la mujer dentro del seno de la Iglesia. Por lo que se deja ver entre líneas en el pasaje, esta pareja de adúlteros quisieron seguirse congregando en la Iglesia como que no pasaba nada, pero lo más problemático de aquel suceso fue la actitud indiferente que tuvieron los demás hermanos, quienes no se dolieron de aquel pecado tan terrible. El apóstol Pablo envió una carta a la Iglesia de Corinto diciéndoles lo siguiente: *“En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesucristo, el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús”*. Esta orden del Apóstol

Pablo no implicaba echar al hermano de la Iglesia, sino era disciplinarlo de manera que él siguiera llegando pero que durante un tiempo nadie tuviera comunión con él. Si el hermano que cometió tal pecado amaba a los hermanos, y se arrepentía, debería de mostrarlo aceptando tal disposición de la Iglesia hasta que le fuera levantada la disciplina. El objetivo de la disciplina impuesta por el apóstol era que el hermano que vivía en pecado se doliera, que valorara al Cuerpo, que se sintiera consternado ante la falta de comunión con los hermanos. La Iglesia de Corinto aceptó la ordenanza del apóstol Pablo, ellos disciplinaron al hermano.

En la segunda carta el apóstol Pablo utilizó nuevamente este caso para enunciar las verdaderas intenciones por las que él les dijo a los hermanos que disciplinaran al hermano que había cometido tal adulterio. Dice 2 Corintios 7:12 *“Así que, aunque os escribí, no fue por causa del que ofendió, ni por causa del ofendido...”* El apóstol Pablo claramente dice que aquella orden de disciplinar al hermano, no fue para quitarle la mujer y dársela por esposa nuevamente al verdadero marido, *“...sino para que la solicitud de obediencia hecha por él se manifestara delante de Dios”*. La intención genuina de

Pablo de dar aquella orden fue poner a prueba la obediencia de los hermanos. Lo que el apóstol nos dice es que él no escribió una ordenanza para arreglar un problema matrimonial, sino para que la Iglesia fuera probada. Obviamente algunos salieron aprobados y otros fueron reprobados, pero precisamente, esa era la intención.

La obediencia genera el poder del reino de Dios entre nosotros

S
E
M
A
N
A
-
4
-
18
/
04
/
17

La Biblia dice que en una ocasión *“Entrando Jesús en Capernaum, vino a él un centurión, rogándole, y diciendo: Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico, gravemente atormentado. Y Jesús le dijo: Yo iré y le sanaré. Respondió el centurión y dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará. Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe”*. Este centurión había aprendido obediencia. Esto nos muestra una gran lección, en la medida que nos entrenamos en la obediencia, en esa medida seremos instrumentos por los cuáles Dios podrá dejar fluir el Poder de Su reino.

Hoy la cristiandad es tan endeble para servir al Señor porque no saben obedecer. Es curioso como en la mayoría de Iglesias los menos dispuestos a servir son los varones, la razón es obvia, son los que menos se entrenan en la obediencia. Cada vez los padres tienen menos control de su círculo familiar, la razón es que ellos no están sujetos a Cristo. El Reino de Dios está opacándose cada vez más en este mundo a causa de la falta de líderes genuinos, se están escaseando los hombres como el centurión que saben lo que es estar bajo autoridad. Exhortamos principalmente a los varones, y sobretodo, a los que son cabezas de una familia, a que practiquen la obediencia. Si ustedes hermanos varones se vuelven sumisos, también podrán ejercer la autoridad genuina sobre sus esposas e hijos. Ahora bien, no sólo los varones necesitan estar bajo autoridad, sino también las mujeres, los niños, los ancianos, todos necesitamos aprender la obediencia.

El apóstol Pablo desveló su corazón como apóstol en 2 Corintios 7, lo que él deseaba era ver la obediencia de la Iglesia, era llevar a la objetividad la obediencia subjetiva que había en cada uno de los hermanos. Aquella actitud de obediencia de los Corintios fue digna de un

elogio por parte del apóstol, por eso les escribió: *“¡qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto”*(2 Corintios 7:11).

La sumisión es la raíz de la obediencia, para Dios nadie es obediente si primeramente no es sumiso en su interior. La sumisión es la actitud interna que produce la obediencia externa. Lo que Dios evalúa en nosotros no es la obediencia, sino la sumisión. Nadie puede ser perfecto en cuanto a la obediencia, pero sí puede serlo en cuanto a la sumisión. La sumisión es la raíz de la obediencia, y al final eso es lo que Dios juzga. Dios que ve los corazones, sabe cómo estamos cada uno de nosotros; así fue como Dios juzgó a Luzbel, un ser angelical hermosísimo, pero fue hallada rebelión en su corazón.

En muchos casos Dios sabe que sí hay sumisión en el corazón, pero nos pone en situaciones en las que debemos obedecer con el fin de que esa raíz de sumisión se vigorice aun más en nuestro interior. El apóstol Pablo sabía subjetivamente que la Iglesia de Corinto era sumisa, pero ocupó aquel incidente para que los Corintios dieran fruto en cuanto a la

obediencia. La razón primordial por la cuál Pablo le ordenó a los hermanos que no le hablaran al adúltero, era que ellos obedecieran y que esto los hiciera dignos del Reino de Dios. Sólo en situaciones como éstas se puede medir como anda la Iglesia en cuanto a la obediencia.

No huyamos de confrontarnos con la autoridad, no huyamos a obedecer; al contrario, busquemos los medios y las oportunidades para disponernos a obedecer. ¿Cuántos de ustedes pueden medir objetivamente su obediencia? Hay hermanos que muy probablemente no tienen memoria de cuando fue la última vez que se dispusieron a obedecer. ¿Qué hizo usted ante la última oportunidad que tuvo para obedecer? ¿Puede decir usted como el centurión: “... *soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace?*”. Este hombre conocía el principio de la autoridad, sabía que el secreto para que otros le obedecieran consistía en que él también estaba dispuesto a obedecer.

A todos los creyentes nos es necesario obedecer. El reino de Dios sólo toma en

cuenta a los que pueden obedecer, por lo tanto, aprovechen cuando les vengan oportunidades objetivas para mostrar su obediencia. Un creyente obediente se convierte en una expresión del “dunamis” (del poder) de Dios. El apóstol Pablo escogió a Timoteo para que estuviera con él en la obra apostólica, porque tenía el testimonio de que era un joven ejemplar y virtuoso en la Iglesia. Pablo pudo ver el comportamiento de Timoteo en la Iglesia, se dio cuenta que era sumiso y obediente, y por eso se lo llevó a la obra misionera.

Ahora bien, otro de los beneficios de obedecer según el pasaje que leíamos al principio es que la *solicitud, o la orden a la que nos sometemos nos presenta aprobados delante de Dios*. Hay un factor de bendición espiritual para con Dios cuando obedecemos. Hermanos, nosotros somos el Reino de Dios, pero solamente podremos manifestarlo perfeccionándonos en la obediencia. Nunca podremos derrotar a Satanás, ni hacerle frente a las tinieblas, y mucho menos tener parte en la implantación física del Reino del Señor si no aprendemos el principio de la autoridad.

Leamos el pasaje siguiente que nos muestra la gran diferencia entre alguien que conoce el

principio de autoridad y aquellos que no conocen en absoluto. Dice Hechos 19:11 *“Y hacía Dios milagros extraordinarios por mano de Pablo, v:12 de tal manera que aun se llevaban a los enfermos los paños o delantales de su cuerpo, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían. v:13 Pero algunos de los judíos, exorcistas ambulantes, intentaron invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malos, diciendo: Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo. v:14 Había siete hijos de un tal Esceva, judío, jefe de los sacerdotes, que hacían esto. v:15 Pero respondiendo el espíritu malo, dijo: A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois? v:16 Y el hombre en quien estaba el espíritu malo, saltando sobre ellos y dominándolos, pudo más que ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa desnudos y heridos. v:17 Y esto fue notorio a todos los que habitaban en Éfeso, así judíos como griegos; y tuvieron temor todos ellos, y era magnificado el nombre del Señor Jesús”*. ¡Qué tremenda lección! Los demonios sabían quien era Jesús y quien era Pablo, pero de éstos siete no sabían nada. Obviamente estos hijos de Esceva no conocían el principio de autoridad, no sabían nada con respecto al Reino de Dios y por eso salieron

avergonzados. Definitivamente, el principio de autoridad nos presenta aprobados delante de Dios, y podemos agregar, que también nos da poder ante el mundo de las tinieblas.

En el pasaje que leímos al principio el apóstol Pablo también nos revela otro aspecto maravilloso en cuanto a la obediencia. Parafraseando el pasaje dice lo siguiente: *“Me regocijo porque su obediencia nos ha consolado. Y aparte de nuestro consuelo, mucho más nos regocijamos por el gozo de Tito, pues su espíritu ha sido confortado por todos vosotros, porque él da testimonio que ustedes no sólo obedecen al hombre, sino obedecen a la autoridad que Dios ha delegado a los hombres. Tito regresó conmigo feliz de ver cómo ustedes son de obedientes. Si en algo me he jactado con él acerca de vosotros, no fui avergonzado, sino que así como os hemos dicho todo con verdad, así también nuestra jactancia ante Tito resultó ser la verdad”*. Pablo le había hablado muy bien a Tito con respecto a los hermanos de Corinto, le había dicho lo obedientes que ellos eran, y Tito regresó con Pablo confirmándole que, en efecto, los corintios eran obedientes y que le habían recibido con temor y temblor. Los hermanos de Corinto no sólo aprendieron a obedecer al

apóstol Pablo, sino también a los delegados que les enviaba; este grado de obediencia es más elevado y es lo que Dios espera que alcancen todas las Iglesias.

Dios nos ayude hermanos no sólo a obedecer al apóstol, sino a los hombres con delegaciones de autoridad, a los ancianos, a los diáconos, así como a las diferentes personas y aquellas situaciones en las que vibre la autoridad de Dios. El que aprende a no ponerle un rostro específico a la autoridad, se dispondrá a obedecer siempre y por ello será aprobado delante de Dios. Al permanecer en tal entrenamiento, un día ya no llegará la autoridad sólo de parte de los hombres, sino directamente de parte de Dios. El creyente que alcanza esta medida se convierte en un instrumento útil para Dios y Su Reino.

Hoy por hoy, entrenémonos en la obediencia, hagámonos aptos para obedecer a los hombres que portan la autoridad, seamos aprobados por las autoridades de la Iglesia Local, y en poco tiempo seremos utilizados para cosas más grandes en el Reino de Dios.
¡Amén!